

# LOS QUE MIRAN EL FRÍO. Reseña.

Alfonso Ágreda Pino.



Reconozco que en cada ocasión en la que se me pone por delante una nueva revisión de la Guerra Civil siento algo semejante a un pequeño escalofrío ante la perspectiva de enfrentarme a otro ajuste de cuentas oculto bajo los ropajes del rigor histórico o a una manera más o menos sibilina de justificar lo injustificable. A veces, como historiador, me pregunto si los españoles seremos algún día capaces enfrentarnos a nuestro pasado desprendiéndonos de los prejuicios y la mala uva al parecer inherentes a nuestra naturaleza. Es como si a la hora de comportarnos como pueblo tuviéramos una irresistible tendencia autodestructiva, como si nos sintiéramos más a gusto en los dieciocho de julio que en los catorce de abril.

En este sentido, la mirada de Francisco Onieva supone una feliz excepción a la regla. No esperéis encontrar en *Los que miran el frío* otro relato cainita, descaradamente maniqueo de la guerra de nuestros abuelos. Su propuesta es mucho más seria y desde luego más hermosa: estamos hablando del misterio de contar buenas historias.

Los nueve relatos que componen el libro aúnan los recuerdos de los supervivientes con los acontecimientos históricos reflejados con escrupulosa verosimilitud, sin embargo el factor que engrandece y dignifica el conjunto es el magnífico trabajo narrativo del autor que, actuando como un auténtico detective, recoge retazos de memoria para construir una realidad a través de la huella que el pasado ha gravado en su manera de sentir.

Los personajes que habitan *Los que miran el frío* son perdedores en el sentido más digno de la palabra. En las guerras todos pierden menos los desalmados, es algo que sabemos o deberíamos saber, pero en ocasiones necesitamos que nos lo recuerden. El dolor, la humillación y el desarraigo se incrustan en el alma de los protagonistas de cada relato como lo hace el frío. El frío se equipara al dolor en esta obra y se convierte en su símbolo, en el objeto tangible que se puede medir, que aletarga, del que se puede hablar cuando los muertos no se pueden nombrar y los recuerdos deben enterrarse en lo más profundo si se quiere sobrevivir.

El afortunado lector que se aventure en las páginas de *Los que miran el frío* va a encontrarse con niños cuya infancia queda truncada por una guerra con la que se dan de bruces, a la que no comprenden y a la que no tienen más remedio que odiar, hombres que se han dejado las convicciones olvidadas en el fondo de una trinchera, ancianos resignados a no tener futuro, paisajes desangrados por las bombas y vaciados por el odio. Pero también me gustaría señalar que debajo de los escombros y las cicatrices Francisco Onieva nos

muestra el milagro de la vida que se abre paso aunque sea a costa de resignarse al silencio.

El talento literario del autor a la hora de construir personajes y contar de una forma amena e intensa sólo es superado por la sensibilidad con la que se enfrenta a un paisaje que siente como suyo y al que ama, un pueblo imaginario, su propio Macondo al que llama Retamal como podría llamarlo Villanueva del Duque. Si bien cada uno de los relatos funciona a la perfección de manera individual lo verdaderamente reseñable es el conjunto, el tono preciso que los uniformiza. Sentimos al leerlos que el frío que los habita nos va calando, poco a poco, que el dolor y la humanidad de estas personas humildes son también los nuestros, que su desaliento es el que sentimos al recordar sus experiencias.

No puedo dejar de recomendar este libro de relatos sin tener en cuenta que además de por su evidente calidad y hondura nos debe llamar la atención por el hecho de tratar sobre la comarca de Los Pedroches. Aunque la Guerra Civil es un tema tratado hasta la saciedad desde un punto de vista histórico, literario y cinematográfico y sigue obsesionándonos hoy, pocos autores se han acercado como Francisco Onieva a la realidad de la guerra en el extremo norte de la provincia de Córdoba. Debemos valorar su esfuerzo por retratar la esencia de una tierra y unas gentes que nos son reconocibles, por la que caminamos y podemos ver cada día con nuestros propios ojos y en la que, por suerte, nos cuesta reconocer las cicatrices de una guerra perdida. La verosimilitud, el rigor y el cariño con el que aborda el reflejo de este paisaje tan áspero como mágico es encomiable, así como el indudable amor por él que se refleja en cada una de las páginas del libro.

Francisco Onieva, poeta con una larga carrera a sus espaldas jalonada de premios y éxitos, se ha aventurado en el camino de la narrativa con el libro de cuentos *Los que miran el frío*. Con esta obra tan arriesgada como bella no se ha limitado a cumplir con las expectativas, su prosa funciona con una seguridad y una maestría tan notables que no sería de extrañar que pronto lo viéramos arriesgándose en el campo de la novela.

